

Afirma Paulo VI que: "El Concilio ha logrado que la Iglesia adquiriese una conciencia más profunda de sí misma", pero exhorta a los Obispos de todo el mundo a no descansar en la tarea de profundizar en esta concientización de la misión propia —de la Iglesia y de los Obispos— y, sobre todo, exhorta a su puesta en práctica con fidelidad.

Doble tentación

Nuestro mundo es ambiguo. Las fronteras del bien y del mal no siempre son claras. Sin embargo, ambas vertientes de la realidad son un hecho. El problema está en su discernimiento. El Espíritu de Dios lucha en el mundo dentro del espíritu de cada hombre. El bien y el mal toman cuerpo, más allá de lo meramente personal, en las realidades socioculturales. El impulso del Espíritu lleva al mundo a trascender la división, el odio, la estrechez, la soledad. Su flecha apunta hacia la apertura, comprensión, entrega a los demás, paz, justicia, unión, amor, trascendencia hacia los valores más profundos del hombre y al diálogo confiado con Dios. El trabajo del hombre consiste en luchar por hacer realmente posible una situación plenamente humana. El mundo está con dolores de parto en espera del hombre nuevo y Dios está en el corazón de esa búsqueda a menudo desgarrada, confusa, violenta y escandalosa; cuestiona siempre la mediocridad de las realidades existentes, no para fomentar la huida del mundo, sino para impulsar a la transformación de las realidades objetivas concretas.

La Iglesia tiene misión mayéutica en esta búsqueda a tientas del hombre nuevo. No porque ya dentro de ella exista el hombre nuevo sin ambigüedad, sino porque —a pesar de toda su miseria— es la encargada de transmitir la verdad del amor de Dios a la Humanidad en Cristo, verdad que impulsa a la lucha por la liberación del prójimo. Para decirlo con palabras de Paulo VI en su alocución navideña, ella tiene por misión el presentar al "Hombre de los hombres", cuya plenitud consiste en el logro de unificar indisolublemente su amor de entrega a Dios y a los hombres.

Pero no se puede pasar sin dolor de una Iglesia segura y tranquila en su posesión a una Iglesia en búsqueda de un Dios siempre mayor, que desde el hermano nos pregunta, juzga, cuestiona y anima. Ya la primera Iglesia tuvo que romper con dolor, duda y tensiones fuertes el cerco de la tradición judía para abrirse al ancho mundo sin fronte-

ras étnicas. No faltaban entre los mismos apóstoles quienes frenaran este paso.

En este momento de aplicación del Concilio la tentación es doble. Por un lado, hay quienes añoran los "ajos y cebollas de Egipto" ante la vista del desierto incierto en búsqueda de la tierra prometida por Dios. Preferirían volver al pasado, al Tridentino de las definiciones claras y distintas, a la ley precisa, al derecho canónico seguro, incluso al Dios domesticado que no va más allá de nuestra propia mezquindad. A éstos (¿y quién de nosotros no participa un poco de esta debilidad de fe?) dice el Papa: "Acojamos de buena gana las preguntas que vienen a turbar nuestra tranquilidad."

No solamente no hemos de ceder a la tentación de retroceder y olvidar el Concilio como un episodio calamitoso, sino que debemos seguir adelante en la búsqueda, sin limitarnos a la repetición rutinaria de sus formulaciones: "queda por hacer, dice el Papa, un trabajo considerable, sobre todo para profundizar la teología sobre la Iglesia y para elaborar una antropología cristiana a la medida del desarrollo de las ciencias humanas y de los problemas que ellas plantean a la inteligencia de los creyentes. ¿Quién de nosotros no reconoce, además de la importancia de este trabajo, sus exigencias propias y no comprende las inevitables vacilaciones?" (Nº 18).

La línea apuntada en el párrafo anterior de Paulo VI reta a Venezuela con una enorme tarea. Sería lamentable que en un país que con rapidez se abalanza sobre el futuro, su Iglesia quedara enganchada al pasado por sus ropajes.

El Papa alerta sobre una segunda tentación: el peligro de buscar el aumento de clientes a costa del vaciamiento de nuestra fe. Sería un triste oportunismo, signo de pobreza doctrinal. ¿Como si el mundo necesitara de la Iglesia por su sabiduría meramente humana! Pero por efecto de impaciencias, de crisis y de encandilamiento ante el descubrimiento tardío de la ciencia (hace años que los propios científicos han

EL CONCILIO, CINCO AÑOS DESPUES

PAULO VI A

HECHA PUBLICA EL

superado este encandilamiento) se quiere a veces reducir la verdad de Cristo a la medida de nuestra razón o al mero dato positivo. Hay quienes se inclinan a pensar que si excluimos del cristianismo todo elemento exigente, trascendente y contestatario de la mera positividad, va a haber más hombres que captan la luz de nuestro mensaje.

En concreto, el Papa nos advierte sobre la reducción de los dogmas trinitarios y cristológicos, de la Eucaristía y de la Iglesia como institución de salvación. Sin duda alguna esta voz de alerta tiene más vigencia en ciertos medios teológicos de los países industrializados, pero también entre nosotros puede darse a causa de nuestro mimetismo acomplejado (otros llaman colonialismo cultural) o por un pragmatismo que pasa de largo ante lo que considera especulación superflua.

Podemos caer en esta reducción por simple omisión o por convertir los dogmas en afirmaciones vacías de contenido. Por ejemplo, la realidad trinitaria de la acción de Dios en el mundo (que ha llevado a deducir la Trinidad en sí) se reduce con frecuencia a un acertijo numérico que parece puesto para doblegar nuestra razón. Cuando la verdad es mucho más rica e interesante.

El Papa exhorta a los obispos y a través de ellos a todos los cristianos a la integridad y a la pureza de la fe. De esa fe que pierde su sabor cuando se instala y se acomoda a la medida de nuestros intereses creados, cuando se apega a tradiciones que ya no responden o cuando se instrumentaliza para el logro de metas meramente inmanentes.

Doble fidelidad

La Iglesia, en su misión de comunicar con toda fidelidad la esperanza de Cristo a cada hombre en su situación, requiere de una total humildad para convertir todo su ser en escucha.

En primer lugar, el hombre debe escuchar al Evangelio. No administrarlo como quien tiene poder sobre él, sino obedecerle. Revisar a su luz

REFLEXIONES SOBRE LA EXHORTACION DE LOS OBISPOS

5 DE ENERO, 1971

L. U.

cuanto de mediocre e interesado hay en él. Es fácil que a los obispos y sacerdotes nos entre el espíritu de mercaderes de Dios que vendemos la verdad sin dejarnos empapar por ella o desfigurándola. Ya Cristo denunció esta desviación en los dirigentes religiosos de su tiempo. Por eso necesitamos escuchar siempre de nuevo el Evangelio que nos saca de nuestras evidencias. Debemos permitir que el Evangelio sea en nosotros la buena-noticia, novedosa cada día. Muy bien dice Paulo VI a los obispos: "No somos nosotros, en efecto, quienes juzgamos la palabra de Dios: es ella la que nos juzga y pone al descubierto nuestros compromisos mundanos."

Por otra parte, el Papa exhorta a escuchar al mundo de hoy que pregunta y se pregunta. Para ser fieles al Evangelio no basta con repetir fórmulas estereotipadas, sino que "hoy día se nos pide un serio esfuerzo para que la doctrina de la fe conserve la plenitud de su sentido y de su alcance, expresándose en una forma que le permita llegar al espíritu y al corazón de todos los hombres a quienes va dirigida" (Nº 11).

El hombre busca y en su búsqueda lo cuestiona todo. Pregunta con dureza a la Iglesia para qué sirve y rechaza con violencia cuanto en ella hay de antihumano. Y pregunta al Evangelio. Así como el Evangelio pregunta al hombre de hoy, lo enfrenta. Nuestra misión de cristianos no es otra que la de hacer posible esta relación dialéctica en la que Dios y el hombre luchan porque se buscan.

Los creyentes mismos somos la primera palestra de estos interrogantes, como lo indica el Papa: "No debemos ignorar, por otra parte, los problemas que hoy día encuentra un creyente legítimamente preocupado por profundizar en la inteligencia de su fe. Estos problemas debemos comprenderlos no para sospechar de su fundamento, no para negar sus postulados, sino más bien para corresponder a sus legítimas demandas en un plano que es el nuestro: el de la fe. Esto es verdad respecto a los grandes interrogan-

tes del hombre moderno, tanto sobre sus orígenes, sobre el sentido de la vida, sobre la felicidad a la que aspira, como sobre el destino de la familia humana. Pero no es menos verdad respecto a las cuestiones que hoy día plantean los sabios, los historiadores, los psicólogos, los sociólogos, y que son para nosotros como otros tantos estímulos a anunciar mejor en su trascendencia encarnada, la Buena Nueva de Cristo Salvador; una Buena Nueva que no contradice en nada los descubrimientos del espíritu humano, sino que lo eleva al plano de las realidades divinas hasta hacerlo participar de una manera todavía balbuceante e incoactiva, pero, sin embargo, muy real, en este misterio del amor, del cual nos dice el apóstol que "sobrepasa todo conocimiento".

Esta fidelidad única con doble vertiente —Cristo y el hombre concreto que nos rodea con sus hallazgos, preguntas y necesidades— es la que define el ser del creyente. En esa tensión encuentra la paz y la alegría de Dios. Pero la fidelidad no se refiere a las palabras o a enunciados teóricos, sino a la vida. "Frecuentemente, recuerda el Papa, lo más necesario no es una mayor abundancia de palabras, sino una palabra en consonancia con una vida más evangélica."

Por eso el Papa pone ciertos reparos a una teología que, en su pretensión de ser ciencia, se distancia de la comunidad de fe. No puede haber verdadera teología fuera de la vida cristiana, aunque dentro de ésta no pueda descuidar cierta función crítica. Los conocimientos científicos que ayudan al estudio de la escritura, la historia y la reflexión, son meros auxilios para llegar al discernimiento del contenido de la fe y del proceder cristiano dentro de una situación concreta. En este sentido debemos huir de la herejía gnóstica que pone la salvación en la cabeza, en el entender.

El acierto cristiano del obispo no está garantizado por el mero cargo, sino que las dos fidelidades arriba apuntadas le permiten un discernimiento acertado en diálogo con los

cristianos sus hermanos: "Siendo fieles a Dios y a los hombres a quienes El nos ha enviado, nosotros podremos entonces hacer, con prudencia y delicadeza ciertamente, pero con clarividencia y firmeza, el necesario discernimiento."

Como dice Mons. Luis E. Henríquez en su comentario a la exhortación del Papa, el Concilio fue una muestra de la fecundidad del discernimiento comunitario: "Se discutió y mucho. No sólo con serenidad y profundidad, sino con vivacidad y hasta apasionamiento. Pero más se estudió y meditó individualmente o por grupos. Serenas meditaciones y acaloradas discusiones tenían igual finalidad, encontrar una mejor expresión de las verdades de nuestra fe, una confesión más diáfana, una respuesta más adecuada al mundo interrogante, unas directivas más seguras y eficaces para el ejercicio de la misión de la Iglesia y de nuestra acción pastoral." ("La Religión", 7-1-1971, pág. 4.)

Entre nosotros, en Venezuela, hay muchos esfuerzos anónimos por llevar a la práctica el espíritu del Concilio. Estos esfuerzos están vivos en pequeños grupos de seglares —jóvenes y adultos—, de religiosas y religiosos, de sacerdotes que a tientas buscan un estilo cristiano cada vez más fiel al Evangelio. Esta búsqueda implica siempre dudas, errores, incomprendimientos y acusaciones. Por eso ayuda la apertura permanente a escuchar las advertencias de nuestros obispos como también su voz de aliento tanto más necesaria cuanto mayor es el riesgo y la soledad en que se está ensayando.

Sin duda alguna, tantos cristianos que luchan por llevar a la práctica el espíritu del Concilio recibirán con agrado esta exhortación del Papa a los obispos en lo que tiene de estímulo para avanzar y también de advertencia sobre los peligros.

1971 puede ser un año en que cristalicen las experiencias de afirmación conciliar que pululan entre nosotros todavía con cierta vida de catacumba.

El Espíritu de Cristo, siempre vivo en la Iglesia, hará que el discernimiento colectivo y el diálogo abierto —como indicaba Mons. Henríquez del Concilio— nos lleven a superar el anatema predeterminado, la calumnia, el mezquino chisme privado y público que no hace sino restar fuerzas al Evangelio. Venezuela espera la audacia cristiana que sólo es fecunda cuando el miedo es superado por la fe fuerte y la caridad eficaz.